

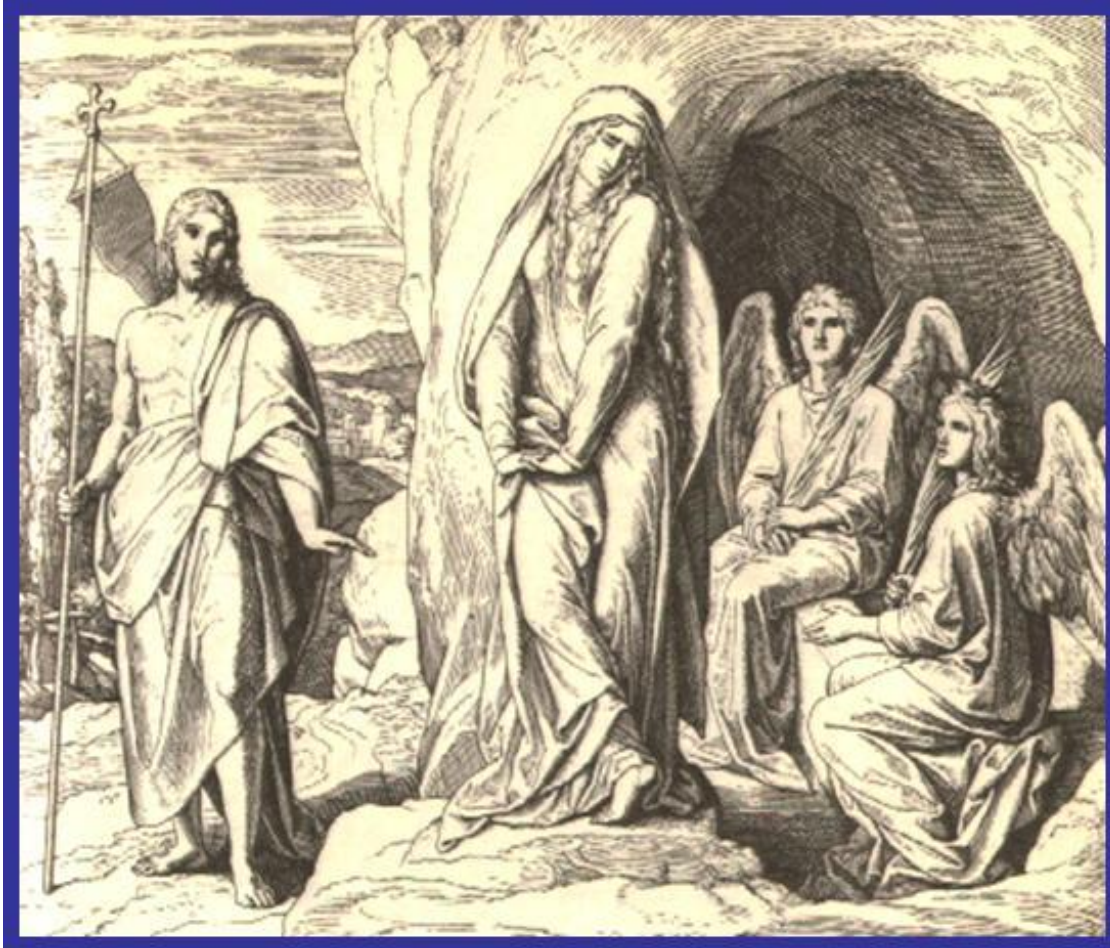
Sábado de la Octava de Pascua: Jesús ha vencido la muerte, es nuestra fortaleza

Hechos (4,13-21): “Los miembros del Sanedrín estaban asombrados de la seguridad con que Pedro y Juan hablaban, a pesar de ser personas poco instruidas y sin cultura. Reconocieron que eran los que habían acompañado a Jesús, pero no podían replicarles nada, porque el hombre que había sido curado estaba de pie, al lado de ellos. Entonces les ordenaron salir del Sanedrín y comenzaron a deliberar, diciendo: “¿Qué haremos con estos hombres? Porque no podemos negar que han realizado un signo bien patente, que es notorio para todos los habitantes de Jerusalén. A fin de evitar que la cosa se divulgue más entre el pueblo, debemos amenazarlos, para que de ahora en adelante no hablen de ese Nombre”. Los llamaron y les prohibieron terminantemente que dijeran una sola palabra o enseñaran en el nombre de Jesús. Pedro y Juan les respondieron: "Juzguen si está bien a los ojos del Señor que les obedezcamos a ustedes antes que a Dios. Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído". Después de amenazarlos nuevamente, los dejaron en libertad, ya que no sabían cómo castigarlos, por temor al pueblo que alababa a Dios al ver lo que había sucedido”. ¿Qué fuertes, los que habían estado con Jesús! Debería ser también la definición de todo cristiano: «los que están con Jesús» ¿Esto es lo que les ha transformado! Señor, quédate hoy conmigo. Señor, quédate hoy con todos los hombres. "El Señor esté con nosotros -Y con vuestro espíritu". Anhele esencial, nunca suficientemente repetido. Que yo lo diga de veras en cada misa. ¿Se me tiene también como alguien que está contigo, Señor? ¿En qué se nota? En el anuncio de la resurrección. En la vida que emana de un ser. En el amor que emana de un ser.

-“¿Qué haremos con estos hombres? ¿Para que esto no se divulgue más?” El clima de la Iglesia primitiva nunca fue la «facilidad». La expansión de la fe no se hizo sin dolor y sin dificultades. Los hechos de los apóstoles son un largo relato de esfuerzos y de martirios (Noel Quesson). La “buena nueva”, no la podemos callar, queremos llevar a Cristo con nosotros... queremos rezar por el Papa, por todos, para que sean fuertes los pastores...

Salmo (118,1.14-21): “¡Aleluya! ¡Den gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterno su amor! / El Señor es mi fuerza y mi protección; él fue mi salvación. / Un grito de alegría y de victoria resuena en las carpas de los justos: "La mano del Señor hace proezas, / la mano del Señor es sublime, la mano del Señor hace proezas". / No, no moriré: viviré para publicar lo que hizo el Señor... Yo te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación”.

Nosotros somos pecadores; pero el Señor se ha mostrado misericordioso para con nosotros perdonándonos y convirtiéndose en nuestra fuerza y alegría. Amemos constantemente al Señor, pues Él salvará a quienes aceptando su amor y su Vida, le permanezcan fieles y se dejen conducir por su Espíritu, que habita en el corazón de los creyentes. Es lo que pide hoy la Colecta: «Oh Dios, que con la abundancia de tu gracia no cesas de aumentar el número de tus hijos, mira con amor a los que has elegido como miembros de tu Iglesia, para que, quienes han renacido por el Bautismo, obtengan también la resurrección gloriosa», seguimos rezando en el Ofertorio: «Concédenos, Señor, darte gracias siempre por medio de estos misterios pascuales; y ya que continúan en nosotros la obra de tu redención, sean también fuente de gozo incesante»; recordamos en la comunión: «Los que os



habéis
incorporado
a Cristo por
el Bautismo,
os habéis
revestido de
Cristo.
Aleluya (Gál
3,27)» y en la
oración
final: «Mira
Señor con
bondad a tu
pueblo, y ya
que has
querido
renovarlo
con estos
sacramentos
de vida

eterna, concédele también la resurrección gloriosa».

En el v. 14 se reproducen las palabras del paso del mar Rojo (Ex 15,12): “el Señor es mi fuerza y mi vigor, Él es mi salvación”, y ahí está el fundamento de toda fortaleza cristiana (cf. Jn 16,33), pues Jesús ha vencido al mundo. Nace un nuevo orden establecido con la victoria del rey que se canta en los versículos siguientes.

Evangelio (Marcos 16,9-15): “Jesús resucitó en la madrugada, el primer día de la semana, y se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a comunicar la noticia a los que habían vivido con Él, que estaban tristes y llorosos. Ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. Después de esto, se apareció, bajo otra figura, a dos de ellos cuando iban de camino a una aldea. Ellos volvieron a comunicárselo a los demás; pero tampoco creyeron a éstos. Por último, estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado. Y les dijo: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación»”.

Tenemos un resumen de los Evangelios de la semana, y aparecen las flaquezas (incredulidad) de los apóstoles (frente a las mujeres anunciadoras de la resurrección). Pero luego son fuertes, como vemos en la primera lectura: Al poco tiempo se les encuentra formando una comunidad ferviente, que proclama con valentía en Jerusalén e incluso delante del sanedrín que le condenó, que Jesús vive. Evidentemente no han exagerado. Necesariamente algo ha de haber pasado.

–“Después de esto se mostró en otra forma a dos de ellos que iban de camino y se dirigían al campo. Estos, vueltos, dieron la noticia a los demás; ni aun a estos creyeron”. Decididamente eran duros de mollera.

Al fin se manifestó a los once, estando recostados a la mesa, y les reprendió su incredulidad y su terquedad por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado. Feliz duda que nos proporciona una mayor certeza.

Después les dijo: "Id por todo el mundo y predicad la buena nueva a toda criatura". El envío a la misión. Hay que dar crédito a las maravillas de Dios... mientras esperamos verlas con toda claridad, al final" (Noel Quesson).

Nos interrogamos con un optimismo lleno de confianza, sin olvidar los problemas. No nos dejamos seducir por una perspectiva ingenua, como si existiera una fórmula mágica para enfrentarnos a los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no es una fórmula mágica que nos salvará, sino una persona y la certeza que nos inspira: "Yo estoy con vosotros..."

No se trata, pues, de inventar un "nuevo programa". El programa ya existe: es el de siempre, sacado del evangelio y de la Tradición viva. Está centrado, en último término, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar, imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y para transformar con Él la historia hasta su plenitud en la Jerusalén celestial... Con todo, es necesario que este programa se traduzca en orientaciones pastorales adaptadas a las condiciones de cada comunidad... En las iglesias locales hay que fijar los elementos concretos de un programa... que permita llegar a las personas con el mensaje de Cristo y modelar las comunidades, actuar en profundidad, por el testimonio de los valores evangélicos, en las sociedades y la cultura... Se trata, pues, de un relanzamiento pastoral lleno de entusiasmo que nos concierne a todos".

"Hoy, el Evangelio nos ofrece la oportunidad de meditar algunos aspectos de los que cada uno de nosotros tiene experiencia: estamos seguros de amar a Jesús, lo consideramos el mejor de nuestros amigos; no obstante, ¿quién de nosotros podría afirmar no haberlo traicionado nunca? Pensemos si no lo hemos mal vendido, por lo menos, alguna vez por un bien ilusorio, del peor oropel. Aunque frecuentemente estamos tentados a sobrevalorarnos en cuanto cristianos, sin embargo el testimonio de nuestra propia conciencia nos impone callar y humillarnos, a imitación del publicano que no osaba ni tan sólo levantar la cabeza, golpeándose el pecho, mientras repetía: «Oh Dios, ven junto a mí a ayudarme, que soy un pecador» (Lc 18,13)".